1.076

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

¡VIVA CUBA ESPAÑOLA!

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON PEDRO MARQUINA Y DON JOSÉ OLIER.

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro Martin la noche del 27 de Enero de 1876.

DEDICADO

A LOS LEALES HABITANTES
DE CUBA Y PUERTO-RICO.

8 reales.

12

MADRID.
CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1876.

Apodaca
1990
Juan. Diar.

¡VIVA CUBA ESPAÑOLA!

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. PEDRO MARQUINA Y D. JOSÉ OLIER.

Estrenada con extraordinario éxito en el teatro Martin
la noche del 27 de Enero de 1876.

DEDICADO

á los leales habitantes de Cuba y Puerto-Rico.

A mi querido hermano Pedro
y Dolores.

José Olier

MADRID.
IMPRENTA DE F. GARCIA Y D. CARAVERA,
Calle Mayor, número 119.
1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
TULA.....	SRA. RUIZ (D.ª MARIA.)
MERCEDES.....	SRITA. GARCIA (D.ª JOSEFA.)
PETRITA (niña de 5 años).	
D. PEDRO.....	D. VICENTE YAÑEZ.
ROBERTO.....	D. RAFAEL CASTILLO.
D. PABLO.....	D. IGNACIO CÁMARA.
EL CORONEL.....	D. EDUARDO FRAILE.
GREGORIO.....	D. RICARDO MELA.
PANCHO.....	D. MARIANO GALÉ.
UN CARCELERO.....	SR. VENEGAS.
EL ROJO.....	D. ANTONIO GALÉ.

VOLUNTARIOS DE CUBA.

Primer acto, en la Habana, año 1868.

Segundo y tercer acto, en el pueblo de X, jurisdiccion de Sagua la Grande.

Epoca actual.

Esta obra es propiedad de D. José Olier, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los ejemplares puestos á la venta en Ultramar, llevarán precisamente la firma de D. José Olier; sin cuyo requisito se considerarán como falsificados.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada *El Teatro*, de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Pablo.—Galería al fondo; por ella se divisan árboles y al fondo el mar.—Puerta de entrada á la derecha y dos á la izquierda.—A un lado costurero y al otro mesa y sillon.—Todo el moviliario rico.

ESCENA PRIMERA.

TULA, *haciendo labor*, MERCEDES.

TULA. ¿Te gusta? (*Mostrando una petaca.*)
MERCEDES. Sí, es primorosa;
fuera ambicion pedir más.
TULA. ¿De veras?
MERCEDES. Por superior
que fuese la calidad
de los tabacos que en ella
pudiera el amo encerrar,
no serian nunca dignos
de tal petaca.
TULA. Me das
con tus sinceros elogios,
Mercedes, contento tal
que con palabras no puedo
mi alegría demostrar.
MERCEDES. ¿Pues no son cosas sabidas
el gusto y la habilidad
que usted tiene?
TULA. ¡Vaya, de eso
habria mucho que hablar!
MERCEDES. ¿Por qué?
TULA. Porque el mucho afecto
que debo á vuestra bondad,
méritos que no poseo
os hace en mi contemplar.

670947

MERCEDES. Es cierto que la queremos,
pero tambien es verdad
que el no quererla seria
á la gratitud faltar.
Usted es el ángel bueno
que Dios mandó por acá
cuando quiso en esta casa
sus bondades derramar.

TULA. Siempre aquí fuísteis felices;
vuestro amo es bueno.

MERCEDES. Es verdad;
pero su sobrino es malo,
tan malo, que fué capaz
de convertir en infierno
esta mansion celestial.

TULA. Es de la familia y debes
respetarle.

MERCEDES. Así será
porque usted lo dice; pero
yo no tengo voluntad
para fingir, D. Roberto
siempre de aquí para allá
en juegos y galanteos,
y no sé qué cosas más
de nuestro buen amo hubiera
dado fin con el caudal.
Bien hizo el señor don Pablo
en mandarle á viajar
y disponer que en su casa
no penetrase jamás.

TULA. Don Pablo llega. ¡Silencio!
Padre. (*Saliendo á su encuentro y ofreciéndole el brazo.*)

D. PABLO. No hay necesidad.

ESCENA II.

Dichas y D. PABLO.

Hoy me encuentro muy valiente. (*Sentándose.*)

TULA. ¡Cuánta alegría me da!

PABLO. El dolor y la fatiga
me han dejado descansar
y hasta noto que las piernas
menos pesadas están.

TULA. La medicina que ayer
tomó usted, prodigio tal

ha realizado.

PABLO. Yo creo
que haya podido ayudar;
pero otro fué el específico
que ha mejorado mi mal.

TULA. No entiendo...

PABLO. Mira, Mercedes;
es preciso renovar
las flores de esos jarrones
que muy marchitas están.

MERCEDES. Voy, señor. (Quiere en secreto
á la señorita hablar.) (*Váse Mercedes.*)

ESCENA III.

PABLO *y* TULA.

TULA. Saber deseo, señor,
á qué remedio aludia.

D. PABLO. Vas á saberlo, hija mia.
No ignoras con cuanto amor
desde niña te traté,
pues siempre para mi anhelo
te juzgué un ángel del cielo
y como á tal te adoré.
Que bien hice, lo pregona
el cuidado tan prolijo
que me consagras, que es hijo
de tu afecto á mi persona.
Como la casta azucena
que sobre el tallo se mece
y sus perfumes ofrece
en una tarde serena;
y cuando su viva luz
oculta el astro del dia
y llega la noche umbria
con su lúgubre capuz,
sus bellas galas aumenta
y su esencia primorosa,
así cuando tenebrosa
á la vista se presenta
noche eterna para mi,
el ocaso de la vida
se desliza, hija querida,
embalsamada por tí.

TULA. Padre, no es en mi virtud
sino obligacion sagrada,
pues carece de alma honrada

quien no tiene gratitud.
Ingrata y perversa fuera
si de cariño rendida
para prolongar su vida
la mia no le ofreciera.

D. PABLO. ¿Qué hice que merezca tanto?

TULA. ¡Permítame que me asombre!
¡Cuánto puede hacer un hombre!
¡Cuánto es dable hacer á un santo!
(*Pausa corta.*) Para labrar mi fortuna,
á poco de yo nacer,
un hombre y una mujer
dejaron su patria y cuna.
Pronto una fiebre cruel
á entrambos acometió
y la existencia acabó
de aquel matrimonio fiel.
Y cual flor de la campiña
que fiero huracan asola
abatida, queda y sola,
se vió en la Habana una niña.
Con el mayor desconsuelo
su triste suerte lloraba,
cuando á su lado llegaba
un enviado del cielo.
Con inefable bondad
en sus brazos la tomó
y en su semblante brilló
un rayo de caridad.
«Tú serás desde este dia,
pues hijos negóme Dios,
para dicha de los dos
la hija que el cielo me envia,»
dijo, y fué tanto su amor
y su piedad tan prolija,
que una madre con su hija
no usara esmero mayor.
El la consoló en sus penas;
él la dió paz, alegría,
¿cómo, pues, le pagaría
con la sangre de sus venas?

D. PABLO. ¡Ah!

TULA. ¡Si aquel hombre era usté
y la pobre niña soy:
si la existencia le doy
mucho aun le deberé!

D. PABLO. Si el favorecer á un niño
algun galardon merece,

con usura me lo ofrece
el poseer tu cariño;
que son, á mi ancianidad,
tus cuidados seductores,
lo que el rocío á las flores,
la luz á la oscuridad.
Sin tí, cual árbol añoso
que por un rayo es herido,
há tiempo hubiese caido
en la mansion del reposo,
pues no pudiendo sufrir
de Roberto el deshonor,
sin tu filial amor
preciso fuera morir.
Y ya que vivo me veo
justo es que pagarte quiera
y te he nombrado heredera
de todo cuanto poseo.
A ese remedio aludia;
ya he firmado el testamento
y desde entonces me siento
con notable mejoría.

TULA. Permítame que le arguya.
Aunque agradecida estoy
justo es le recuerde hoy
que mi sangre no es la suya.
Roberto, al fin, es pariente
y tiene mejor derecho.

D. PABLO. Su sólo nombre en mi pecho
hace que el daño se aumente.
¿Qué importa que mi apellido
ese miserable lleve
si cruel, traidor y aleve
hasta el cieno ha descendido?
De mi ya difunto hermano
es hijo, y á mi pesar
dudo pudiese engendrar
un ser tan vil é inhumano.
Cesa, pues, de defender
al que mi nombre deshonra
que quien no estima su honra
no puede pertenecer
á mi familia.

(*Tula va á interrumpirle.*)

No arguyas:
mis vegas y cafetales
en seis millones de reales
tasadas, han de ser tuyas;

y deja, por caridad,
de mentar á hombre tan cruel,
pues creo que pensando en él
se agraba mi enfermedad.

TULA. Obedezco resignada;
y aunque defendí á Roberto,
no es mi dolor menos cierto
ni estoy menos lacerada.

D. PABLO. Hablemos del porvenir
que á tu vista se presenta.
—No sé si me alegre ó sienta
que llegues tu mano á unir
á la de ese capitan
que llegó recomendado
de España, el cual he notado
que te mira con afan.
Muy digno le considero,
si quiere darte su nombre,
que el señor don Pedro es hombre
distinguido y caballero.
Si, como yo me sospecho,
amor hácia tí le guia,
dime, pues: ¿Encontraria
buena acogida en tu pecho?

TULA. Si pregunta usted, señor,
si le amo... creo que sí,
que esta ansiedad que hay en mí
la traduzco por amor.
Si el me ama... yo no lo sé;
solos los ojos hablaron,
si ellos amor espresaron
calló su lengua y callé.

ESCENA IV.

Dichos y GREGORIO, *con un ramo de flores y una carta.*

GREGORIO. (*Con acento andaluz.*)
Si su permiso me dan...

TULA. Pase usted.

GREGORIO. (*Acercándose.*) (¡Guapa mujer!)
A la órden. (*Saludando militarmente.*)

TULA. Usted será
el asistente...

GREGORIO. Así es,
señora; tengo por amo
á don Pedro Giralder
el capitan de la sesta

del regimiento...

TULA. Ya sé.

GREGORIO. Me manda que deposite
en su mano este papel
y este ramo. (*Dándole ambas cosas.*)

TULA. ¡Bellas flores!
Viene dirigida á usted.
(*Entregando la carta á D. Pablo.*)
Déle gracias en mi nombre
y tome para beber. (*Le da una moneda.*)

GREGORIO. Agradezco y lo recibo
por no desairar.

TULA. Muy bien.

GREGORIO. Quien cerca está de don Pedro
no tiene que carecer
de nada: para el soldado
más que jefe un padre es.
En mentando al capitan
de la sesta en el cuartel,
no hay en todo el batallon
persona que no hable bien.
En desde el jefe, que tiene
un genio de Lucifer,
hasta los mismos rancheros
lo quieren. Sólo el furriel
y el primero juraria
que le tienen interés,
porque les ajusta cuentas
y no les deja poner
que seis y cuatro son quince
y siete más veintitres;
ni, si hay carne, que nos pongan
cordilla por vaca ó buey;
ni que traigan el tocino
del año cuarenta y seis;
ni garbanzos con bujeros
del tamaño de un almez;
ni las patatas con flores;
ni que por judias den
balines, y que nos quiten
alguna parte del prez.
Ahí tiene usted esplicado
por qué debo suponer
que ni el furriel ni el primero
están contentos con él.

TULA. ¿Con que es bueno?

GREGORIO. ¡Que si es bueno!
¡Madrecita de Belen!

Es mejor que la guayaba,
los plátanos y la miel.
En la tierra no hay un padre
que se le iguale en querer
á sus hijos, de manera
que teniendo más de cien...

PABLO. ¿Más de cien hijos?

GREGORIO. Sordaos.
Toa la compañía: pues
cien huérfanos que dejaron,
esa mar al recorrer,
su padre y su madresita,
y su alegría, y su aquel;
cien muchachos que se vieron
al entrar en el cuartel
como el pájaro sin nio
como la flor sin vergel;
pero en estando á la vera
de su capitan... ¡olé!
ya no hay penas ni faitigas
ni naita que temer;
como que es nuestro nodrizo,
vamos al decir, y es...
De valiente no se diga:
desde Galicia á Jerez
no hay cuatro mozos que rayen
allí donde raye él.

D. PABLO. Corre á decir que le espero,
y que me dará un placer
si viene pronto, pues me hallo
ahora del dolor muy bien.

GREGORIO. Debe venir en seguida,
pues sólo aguarda de usted
órdenes para pasar.

D. PABLO. ¿Y así te detienes?

GREGORIO. Es
que en soltando la sin hueso,
siendo en elogio de él,
si no me atajan, me llevo
charlando aunque sea un mes.

D. PABLO. Avísale al punto.

GREGORIO. A la órden.
(Me está pareciendo que...
Si mi capitan se embarca
en buena fragata es.)
(Váse.)

ESCENA V.

D. Pablo y Tula.

D. Pablo. Cuando audiencia solicita
por medio de este papel
no hay que dudar, Tula mia,
que asunto importante es.
Y mucho me engañaría
si no te atañe.
Tula. No sé...
D. Pablo. El rubor de tus mejillas
muestra que adivinas bien.
Pancho. (*Anunciando.*)
El señor don Pedro...
Tula. (*Levantándose.*) Padre...
D. Pablo. Entiendo. Retírate.
(*Váse Tula por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

D. Pablo y D. Pedro.

D. Pedro. ¿Permiso pido...?
D. Pablo. Quien viene
á concederme un favor
permiso no necesita,
pues tiene mi estimacion.
D. Pedro. Gracias mil. (*Estrechándole la mano.*)
D. Pablo. Tome usté asiento.
Dispuesto á reñirle estoy
por la escasa confianza
que mi amistad le inspiró.
¿Para qué pedir audiencia
cuando no ignora...
D. Pedro. Señor:
el asunto que me trae
es de tal suposicion,
que mi desgracia ó mi dicha
pende de sus labios hoy.
D. Pablo. Si en mi consiste ya puede
abandonar el temor.
D. Pedro. Gracias. Orden de marchar
á Villas, mi batallon
recibió anoche, y es fuerza,
pues con él á partir voy,
que al fin mi labio revele
lo que hace tiepo calló.

Si no es familia de nobles
la mia; mis padres son
honrados, siendo sus timbres
las virtudes y el honor.
Nada en mi elogio diré;
corta es mi graduacion;
pero poseo en haciendas
y terrenos de labor
un modesto patrimonio
que un pariente me legó.
Si con tales cualidades,
que cortas y escasas son,
me concede usted la dicha,
el inefable favor
de darme la honrada mano
de Tula, juro ante Dios
que si méritos me faltan
los supliré con amor;
y es, señor, tan grande el mio,
es tan pura mi pasion,
que para evitar que el aire
la empañase, le alcé yo
un ara en propio pecho
y la rendí adoracion
en silencio, cual si fuera
delito tan casto amor.

D. Pablo. Mucho me place, don Pedro,
tan honrada peticion,
que al honrar con ella á Tula
partícipe del honor
vengo á ser: pero á la vez
que tan venturoso soy,
la felicidad mirando
de Tula con esa union,
mi triste destino veo
traspasado de dolor.
¿Ha visto usted esas flores
que al separarlas del sol
sus pétalos se marchitan,
pierden esencia y color,
y al más leve impulso de aire
del tallo arrancadas son?
Mi vida es la de esas flores;
Tula, mi radiante sol,
si se aleja de mi lado
igual que la triste flor,
pocos, muy contados dias
latirá mi corazon.

—Mire usted por qué á la vez
que dichoso y feliz soy,
contemplo mi porvenir
con indecible terror.

D. PEDRO. Si en eso su pena estriba
goce, pues, su corazon.
No mecere quien tan noble
en su niñez amparó
á Tula, que esta le deje
abandonado al dolor.
Ni ella lo consentiría
ni aspiro á tal cosa yo;
que no es digno ni es honrado
quien, mereciendo favor,
paga con ingratitud
á aquel que dicha le dió.

ROBERTO. ¡Qué escucho!

D. PEDRO. Si me concede
su mano, seremos dos
á procurar su ventura
y rendirle adoracion.

D. PABLO. Hijo, déjame que espresen
los brazos, lo que á la voz
no le permite tan grata
y dulce satisfaccion.

D. PEDRO. ¡Padre! (*Abrazándolo.*)

D. PABLO. Tal dicha á mis años
postreros guardaba Dios!
¿Pero siendo militar
cómo podrás?

D. PEDRO. ¡Digno soy!
Si algun dia necesita
de mi espada la nacion,
en clase de voluntario
la esgrimiré con valor.

D. PABLO. ¡Dios santo! (*Tose.*)

D. PEDRO. ¿Qué es?

D. PABLO. ¡La fatiga...

D. PEDRO. Voy á llamar. (*Tocando un timbre.*)

D. PABLO. La afeccion
del pecho.

MERCEDES. (*Saliendo.*) ¿Llamaba usted?

TULA. (¿Está usted malo, señor?)

ESCENA VII.

Dichos, TULA Y MERCEDES.

D. PABLO. Cuando me afecto, es sabido,

la angustia al punto me ataca.
Esta vez fué de alegria.

TULA. ¡Ah!

D. PABLO. Esto pronto se pasa.

TULA. (Sin duda pidió mi mano.)

MERCEDES. ¿Permite usted que le traiga
las medicinas...?

D. PABLO. Prefiero
retirarme de esta estancia.
—Hijo, dispensa.

D. PEDRO. Señor,
apóyese usted. (*Ofreciéndole el brazo.*)

D. PABLO. ¡Bien hayan
los jóvenes que son báculo
de la vejez y las canas!

D. PEDRO. Es justo y santo deber.

D. PABLO. Agradezco...

TULA. (*Á. D. Pedro.*) ¡No se vaya!
(*Don Pedro acompaña hasta la puerta á Don Pablo que se retira con Tula por la puerta primera de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

D. PEDRO Y MERCEDES.

D. PEDRO. En vano fuera buscar
un alma más noble y franca
que la de tu amo.

MERCEDES. En verdad
que todo aquel que le trata
le juzga así.

D. PEDRO. Del honor
son fiel espejo sus canas;
y sus virtudes tan sólo
con su bondad se comparan.

MERCEDES. Dígalo mi señorita,
á quien D. Pablo se afana
por hacer feliz.

D. PEDRO. Lo sé.

MERCEDES. Y si con usted la casa
no habrá ya más que pedir.

D. PEDRO. Pues ya no hay que pedirnada.

MERCEDES. ¿De veras?

D. PEDRO. Hay alegrías
que no pueden ser calladas,
y á tí, cuya lealtad
hácia Tula está probada,

mostrarte debo, Mercedes,
el gozo que inunda el alma.

MEECEDRS. ¿Con que es decir que don Pablo...?

D. PEDRO. Con nobleza desusada
me otorga el premio anhelado
de mis amorosas ánsias.

MERCEDES. Si era de esperar, si usted
se lo merece. ¡Caramba!
no van á alegrarse poco
todas las gentes de casa
que en ella adoran y á usted
le tienen aficion tanta.

D. PEDRO. Así lo creo.

MERCEDES. Ahora sí
que se va á morir de rabia
don Roberto, ese verdugo,
que á fuerza de hacer infamias
trajo á mi pobre señor
la enfermedad que le acaba.
Lo malo es que el miserable
al mirar que se le escapa
con mi señorita, el logro
de su ambicion, quizás haga
cualquier felonía. Dios
nos libre de su venganza.

D. PEDRO. No temas.

MERCEDES. Es un malvado
que no respetará nada,
créalo usted.

D. PEDRO. Ese temor
desecha, pues de su saña
muy poco debes temer
mientras mi mano la espada
pueda empuñar.

MERCEDES. Los infames
no se baten cara á cara.

(*Se oyen voces al foro.*)

D. PEDRO. Ese ruido...

MERCEDES. ¡Su voz es!

D. PEDRO. Y se atreve...

MERCEDES. ¡Vírgen santa!

D. PEDRO. ¡No te asustes!

MERCEDES. ¿Pero cómo
se atreve á poner la planta
aquí, cuando nuestro amo
le ha prohibido la entrada?

ROBERTO. (*Dentro.*) ¡Largo de aquí, perro!

MERCEDES. ¡Ay Dios!

algun mal nos amenaza.

PANCHO. (*Dentro.*) Usté no enta:

ROBERTO. ¡Fuera, digo!
he de pasar.

PANCHO. ¡No se pasa!

ROBERTO. ¡Negro vil!

MERCEDES. Va á maltratarle.

D. PEDRO. ¡Oh, no!

PANCHO. ¡Atás!

ROBERTO. ¡Toma, canalla!
(*Se oye un fuerte latigazo y un grito de dolor de Pancho que entra en la escena atropellado por Roberto y con el rostro ensangrentado por efecto del latigazo.*)

ESCENA IX.

PANCHO, ROBERTO, D. PEDRO, MERCEDES.

PANCHO. ¡Defendéme! ¡Me ha pegado!

D. PEDRO. (*Amparando con el cuerpo á Pancho.*)
¡Caballero!

PANCHO. Y en la *cada.*

MERCEDES. Pobre Pancho. (*Limpiándole con el pañuelo.*)
Ven conmigo:
yo te curaré.

PANCHO. ¡Alma mala!

MERCEDES. Se lo diremos al amo
cuando te cure.

PANCHO. ¡Malhaya!... (*Retirándose por la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA X.

D. PEDRO, ROBERTO.

D. PEDRO. ¿Qué derecho, qué razon
pudiera usted alegar
que llegara á sancionar
esa miserable accion?

ROBERTO. ¿Y quién á usted le ha otorgado
derecho para insultarme?

D. PEDRO. Siempre acostumbro á portarme
como cumple á un hombre honrado.
Y cuando veo ultrajar
de una manera tan ruda
al débil, justo es que acuda
el ultraje á condenar.

ROBERTO. ¡Señor mio!
D. PEDRO. Ponga tasa
al furor, si es caballero ,
porque yo respetar quiero
el sagrado de esta casa.
ROBERTO. Siempre caballero fuí.
D. PEDRO. Nunca á dudarlo llegué.
ROBERTO. Y cual tal me portaré
con quien es igual á mí.
Mas fuera obrar neciamente
mi nobleza rebajar
al estremo de cejar
ante un esclavo insolente.
D. PEDRO. Es que usted en su arrebato
sin duda ha dado al olvido
que ese infeliz ha cumplido
de su señor el mandato.
ROBERTO. ¡Infeliz! esa canalla
de negros que usted defiende
ni agradece ni comprende
á quien por ellos batalla.
Les damos patria y hogar
y trabajo que les sobre;
pues dígame usted si el pobre
puede mas ambicionar.
D. PEDRO. Puede en su infeliz estado
aspirar al galardon
de la consideracion
que merece el hombre honrado.
Puede en tan supremo instante
decir al castigador:
yo soy el trabajador
y tú el negrero infamante.
Yo soy el negro infeliz
que tus ingénios cultiva
y en mi rostro mientras viva
llevaré una cicatriz.
Cicatriz que tu tirano
proceder, al mundo entero
muestra diciendo: un negrero
no puede ser buen cristiano.
Con encono delirante
goza en verme maltratado,
pues tal derecho le ha dado
el color de mi semblante.
Mas quien al débil ampara
dirá con indignacion
que su infame corazon

es mas negro que su cara.

ROBERTO. Lástima de quijotismo
de esos perros en favor.

D. PEDRO. Calle usted, me causa horror
tan descarado cinismo.

ROBERTO. Pues por muy poco se altera.

D. PEDRO. ¿Por muy poco?

ROBERTO. No se asombre,
para mí un negro no es hombre
sino un trozo de madera.
Y neciamente se afana
quien en negarlo se emplea.

D. PEDRO. Lo negará el que no sea
negociante en carne humana.
Todo aquel que vaya en pos
de sus deberes cristianos,
todo aquel que á sus hermanos
ame por la ley de Dios.
Usted que en su juventud,
del vicio entre los azares
se lanzó á esplotar los mares
en mengua de su virtud,
á las playas africanas
la desolacion llevando,
hizo un caudal, olvidando
las parábolas cristianas.
De tan vil ocupacion
derrochó todo el provecho
y ahora al mirar mi despecho
y mi justa indignacion,
buscando pretestos vanos
á su airado proceder,
dice que un negro es un sér
inferior á los humanos.
Mas aunque tal crueldad
con ese negro empleó
contra la ley que igualó
á toda la humanidad;
Aunque por ser un esclavo
le pudo el rostro azotar,
eso no viene á probar
derecho alguno, que al cabo,
pese á su orgullo violento,
Dios, que todo lo ha creado,
libres como á usté le ha dado
el alma y el pensamiento.

ROBERNO. Bella doctrina, en verdad,
y santa filantropía,

que en poco tiene á fé mia
de España la integridad.

D. PEDRO. ¡Voto á tal!

ROBERTO. Tenga usted calma,
jamás delator he sido.

D. PEDRO. ¡Basta! Si yo he defencido
la independencia del alma,
si de un esclavo ultrajado
amparé de Dios en nombre
el derecho de ser hombre
que Dios al nacer le ha dado,
no fué pisar altanero
lo que vine á defender,
sino cumplir el deber
sagrado de un caballero.
Y aunque mi irritó la ofensa
la debo dar al olvido,
por que quien no ha delinquido
no necesita defensa.

ROBERTO. Perdone usted que le arguya,
ya que de ofensas habló,
si usted la mia olvidó
yo no he de olvidar la suya.

D. PEDRO. No alcanzo.

ROBERTO. Pues es estraño
que no me pueda entender
cuando ha venido usté á ser
causa de todo mi daño.

D. PEDRO. ¡Qué dice usted!

ROBERTO. ¡Señor mio!
ya no es posible dudar
que me quiere usté arrancar
la fortuna de mi tio.

D. PEDRO. ¡Qué!

ROBERTO. Por lograr el tesoro
que codicia con ardor,
ha mentido usted amor
á la mujer que yo adoro.
Y fingiendo una bondad
que está lejos de sentir,
de ese anciano á conseguir
llegó usted la voluntad.
Mas cuando de tal bajeza
noticia llegue á tener
cambiará su proceder.

D. PEDRO. Es ya tanta la vileza
y á tal llega la osadía
con que el insulto prepara,

que si no le despreciara
la lengua le arrancaria.
(*Con ironía.*)

ROBERTO. Lance es, por Dios, singular
y que contarse merece.

D. PEDRO. ¡Por cristo!

ROBERTO. Usted no parece
ni español ni militar.

D. PEDRO. ¡Basta!

ROBERTO. Tan sólo á retarle
á su propia casa fuí,
no le hallé y le busco aquí
porque he jurado matarle.
No pueden ya entre los dos
evitarse esos estremos.

D. PEDRO. Cierto, nos aborrecemos;
¡proteja mi brazo Dios!

ROBERTO. No siempre lo justo ampara.

D. PEDRO. Mucho confia en su suerte,
más yo no temo á la muerte,
la he visto ya cara á cara.

ROBERTO. Por última vez el sol
va usté á ver.

D. PEDRO. Alarde vano

ROBERTO. Fuí negrero y soy cubano.

D. PEDRO. Soy militar y español.

ESCENA XI.

ROBERTO, PEDRO; D. PABLO, TULA, PANCHO *y* MERCEDES (*por la puerta primera de la izquierda*).

D. PABLO. ¿Dónde está ese miserable?

ROBERTO. ¡Tio!

TULA. ¿Qué ha pasado aquí? (*A D. Pedro.*)

D. PEDRO. Nada.

D. PABLO. Y aun alzas á mí
la vista.

ROBERTO. ¿En qué soy culpable?

D. PABLO. ¿No te prohibí...?

ROBERTO. Es verdad,
mas hoy á venir me atrevo
porque está usté enfermo y debo
cuidarle en su enfermedad;
no tiene usted mas parientes.

D. PABLO. ¡Silencio, infame!

ROBERTO. ¡Señor! (*Con ira.*)

D. PABLO. ¿Me quieres mostrar tu amor

maltratando á mis sirvientes?

ROBERTO. Obré con razon.

D. PABLO. ¡Impío!

ROBERTO. Si usted su herencia ha de darme
ese negro respetarme
debe, como esclavo mio

D. PABLO. Mi herencia ¡imaginas tal!

ROBERTO. ¡Tio!

D. PABLO. El ángel que aquí ves,
esta mujer, esta es
mi heredera universal.

ROBERTO. Por ella de amor rendido...

D. PABLO. A pedir su mano vienes;
llegas muy tarde; aquí tienes
al que ha de ser su marido.

ROBERTO. ¡Veremos!

PANCHO. ¡Me alego; así!

D. PABLO. Pronto haré la union sagrada.
Son mis dos hijos. Ya nada
tiene usted que hacer aquí.

ROBERTO. Yo haré vano tal intento.

D. PABLO. ¿Qué proyectas, desdichado?

TULA. ¡Pedro!

ROBERTO. Vengarme he jurado
y cumpliré el juramento.

TULA. (¡Ya adivino!)

D. PEDRO. ¡Calla!

ROBERTO. Espero.

MERCEDES. ¿Qué será?

ROBERTO. Creo que no faltará
á cumplir cual caballero.

D. PABLO. Villano, lo que deseas
veo, mas yo lo impediré.

MERCEDES. ¡Un duelo!

D. PEDRO. (*A Roberto.*) No faltaré.

TULA. ¡Dios mio!

D. PABLO. ¡Maldito seas!
(*Molestado por la tos cae en el sillon lanzando la maldicion.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion decentemente decorada.—Puerta al foro, dos puertas á la izquierda. Ventana á la derecha.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

TULA, *acabando de leer un periódico*, MERCEDES *haciendo labor*.

TULA. Malas noticias por cierto
La Voz de Cuba nos trae.
MERCEDES. ¿Qué dice?
TULA. Que algunos grupos
de insurrectos tan audaces
en esta rica comarca
se muestran, que fuera fácil
intentaran atacar
alguna villa importante,
aprovechando la ausencia
de los soldados leales.
Me horrorizo de pensar
que al frente de esos infames
está Roberto.
MERCEDES. ¡Dios mio,
si por aquí se acercasen!
TULA. Sin duda tan vil intento
abrigará el miserable.
Con un encono cruel
ha conseguido vengarse
á cenizas reduciendo
mis hermosas propiedades;
más el tigre no se sácia
mientras un resto de sangre

quede á su víctima.

MERCEDES. Hubiera
hecho muy bien en matarle
don Pedro, cuando riñendo
en vísperas de casarse
le desarmó.

TULA. No; en mi Pedro
tales ideas no caben.
Cuando en aquella ocasion
tres veces, con fuerte arranque
dejó inerme á su adversario,
éste, rastrero y cobarde,
demandó perdon, jurando
de su querella olvidarse.
Pocas semanas despues,
ambiciosos y falaces,
se levantaron en armas
los hombres que tantos males
han aportado á esta isla,
tan rica y dichosa antes.
¿Quién sospechára que el mónstruo
cuya codicia insaciable
le condujo á practicar,
en mengua de su linaje
el contrabando de negros,
tomaria activa parte,
mandando tal vez á muchos
que vendió en tráfico infame?

MERCEDES. ¿Pero cómo han admitido,
los que dicen que se baten
por su independencia, á un hombre
con antecedentes tales?

TULA. ¡Ay Mercedes! en las luchas
civiles los más audaces
prosperan, sin que se cuide
de su procedencia nadie.
¡Bien hizo en morir mi honrado
y noble segundo padre
antes de ver arrasadas
sus vegas y cafetales,
y á nosotros reducidos
á habitar estos lugares,
gozando la corta hacienda
que aun ha podido librarse
de la saña de ese vándalo
tan cruel como cobarde.
¡Oh! siempre que su recuerdo
el corazon á turbarme

viene, tiemblo á mi pesar,
presagiando nuevos males. (*Pausa.*)
¡Cuánto tarda ya mi esposo!

MERCEDES. No debe usted inquietarse
pues las nueve de la noche
no dieron, y está distante
la villa.

GREGORIO. (*Entrando.*) ¿Dá usted permiso?

ESCENA II.

Dichas y GREGORIO

TULA. Pasa, Gregorio.

GREGORIO. ¡Dios guarde
á mi ama y su doncella!

TULA. Dime, Gregorio, ¿qué sabes
de noticias?

GREGORIO. Mucho y malo:
un mozo llegó esta tarde
de Sagua, y segun refiere,
pudo, con muchos afanes,
dando tormento á las piernas,
de esos tunos escaparse.
Se hallan cerca de este pueblo
y varias vegas ya arden.
¡Donde esa gente penetra
la mala langosta cae!

TULA. ¡Dios santo!

MERCEDES. Yo tengo un miedo...

GREGORIO. Señoras, no hay que inquietarse,
aquí se hallarán seguras
mientras que don Pedro mande
los voluntarios del pueblo.
Hasta los mismos cobardes,
que son pocos por fortuna,
por combatir se deshacen,
y es que todos reconocen
lo mucho que el jefe vale,
que un batallon de corderos,
si hay un leon que los mande,
tan bravos como leones
al enemigo combaten.

TULA. ¡Cuánto quieres á mi esposo!

GREGORIO. ¡Que si lo quiero! ¡Carape!
Si me ponen á elegir
entre don Pedro y mi padre...
necesitaba pensarlo

por ser afectos iguales.
Diez años hace que estoy
á su servicio, en cien lances,
vide la muerte tan cerca
que la sentia tocarme,
siendo el amo capitan
y yo su asistente. Grave
y sereno ante las balas
nunca le miré inmutarse.

TULA. ¡Oh sí, mi Pedro es un héroe!

GREGORIO. Cuando empiece el cipizape,
con esos filibusteros
hemos de hacer un desastre.

TULA. Eres un buen español.

GREGORIO. ¡De los que nunca se abaten!
Así es que á los picarones
que pretenden separarse
de nuestra noble nacion
y una guerra cruel hacen,
les tengo un ódio... que sí...
vamos, si me fuera dable,
ni uno sólo dejaria
para que el caso contase.
¿Conque dónde está mi amo?

TULA. Ha ido á la villa esta tarde
para arreglar un asunto
y aun no ha vuelto.

GREGORIO. No me place
que á estas horas...

TULA. (*Con ansiedad.*) ¡Dios piadoso!
¿Acaso por esa parte
se esperan los insurrectos?

GREGORIO. No debe usted inquietarse,
señora; por ese lado
no hay ninguno.

TULA. ¡No me engañes!

MERCEDES. Cuando él lo dice...

GREGORIO. Está claro.

TULA. El temor mi ánimo abate.

GREGORIO. (¡Si yo estuviera con él...
Estoy por ir á buscarle!)

ESCENA III.

DICHOS *y* PANCHO.

PANCHO. Noches buenas: esta *cata*
á niño Guegorio taen. (*Dándosela.*)

GREGORIO. ¡Una carta para mí!
¡á estas horas! ¡Vaya un lance!
¿Quién la ha traido?
PANCHO. Un *modeno*
y se ha *machado* al instante.
GREGORIO. ¿Me permite usted, señora?
TULA. Lee, pues.
GREGORIO.. No me complace... (*Rompiendo el sobre.*)
PANCHO. (Soy un bibon; pero así
mi *pobe* hermano *libarse.*)
(*Vase Pancho.*)
GREGORIO. ¡Voto á un cañon!
TULA. ¿Qué sucede?
GREGORIO. ¡Han herido á mi compadre
esos tunos.
TULA. ¡Qué vileza!
GREGORIO. Que pronto vaya, si tarde
para encontrarle con vida
no quiero llegar. ¡Infames!
TULA. ¿Pero eso es cierto?
GREGORIO. Me avisa
un amigo de su padre
por esta carta... ¡Traidores!
de esta manera combaten!
Se separó del ingénio
y lo han herido.. ¡Cobardes!
Tal vez no habrá quien le cuide.
¡Pobre amigo!
TULA. Ve, no tardes:
acaso llegues á tiempo
y en ocasion de salvarle.
GREGORIO. Si es cierto lo que me escriben,
juro que habré de vengarme.
(*Vase por el foro.*

ESCENA IV.

TULA *y* MERCEDES.

¡Pobre jóven! tan feliz
hace un instsnte, y ahora...
TULA. ¡Cuántas desdichas nos trae
la guerra que á Cuba asola.
¡Pero, Dios mio! ¿y mi esposo?
su tardanza se prolonga,
y esta ansiedad que en mi noto
es de algun mal precursora.
MERCEDES. Señora, cálmese usted.

TULA. ¿No ves que pasan las horas
y no viene el bien que adoro.
MERCEDES. Es que la misma zozobra
que siente usted, los minutos
convierte en años.
TULA. No logras
tranquilizarme, Mercedes;
ya su tardanza es notoria;
siempre que á la villa va
á las oraciones torna.
¡Dios sabe si habrá caido
en asechanza traidora!
¡Si yó se lo aconsejé
que no fuera sólo.
MERCEDES. Solas
tambien aquí nos hallamos,
ó poco menos.
TULA. ¡Qué importa!
Lo que yo quiero es que venga
mi esposo.
MERCEDES. (¡Que Dios la oiga!)
TULA. ¡Caminar sólo de noche
por esa selva fragosa!
Si le acometen... ¡Dios mio!
cuál mi mente se trastorna...
Siento una angustia, una pena...
paréceme que una losa
oprime mi corazon.
Mercedes, si acasollora
mi Petra, avísame: voy
á orar ante mi Patrona
la vírgen de Candelaria.
MERCEDES. Perfectamente, señora.
(*Váse Tula por la primera puerta izquierda.*)

ESCENA V.

MERCEDES.

¡Pobre señorita! tiene
disgusto y razon la sobra,
la tardanza de don Pedro
va siendo ya sospechosa.
—Noto en mí cierto temor...
¡Ah! pero la niña llora...
(*Va á dirigirse á llamar á doña Tula.*)
—No la quiero molestar.
¡Que Dios su plegaria acoja!

(*Váse pos la segunda puerta de la izquierda llevándose la luz.*)

(*La escena queda un momento sola y en completa oscuridad. Sale* PANCHO *con precaucion por el foro, con una linterna, observa por ambas puertas de la izquierda. Luego abre la puerta de la ventana y asoma la luz, dirigiéndose despues al foro por donde momentos despues se presentan* ROBERTO *y el* ROJO.)

ESCENA VI.

ROBERTO, PANCHO, *el* ROJO.

(*Toda esta escena á media voz.*)

ROBERTO. ¡Ya era tiempo! Vive Dios
que de esperar me cansaba
en el jardin, y temia
alguna mala pasada.
¿Se acostaron?

PANCHO. No señó;
nunca se recoje el ama
mientas el amo no viene.
—Le quiede tanto...

ROBERTO. (*Con mal humor.*) Ya basta.
¿Qué hacen pues?

PANCHO. Niña Mecede
con Petita en esa sala
etá, señodita Tula
reza allí.

ROBERTO. ¿Díste la carta
á Gregorio?

PANCHO. Si señó,
y al punto salió de casa.

ROBERTO Va el negocio viento en popa;
el único que estorbaba
tardará en venir. Podemos
proceder con tino y calma.

ROJO. Yo opino que cuanto antes
despachemos.

ROBERTO No seas mandria.

ROJO. Comandante, no me gustan
estos negocios de faldas:
si gritan y nos descubren...

ROBERTO. Con la lluvia no hay un alma
por esas calles. Tenemos
además en esa estancia
un balcon que nos ofrece
escelente retirada,

pues dá al campo. Ya don Pedro,
sin duda, difunto se halla...

PANCHO. ¡Pobe amo mio!

ROBERTO. ¿Lo sientes?

PANCHO. Sí, digo no...

ROBERTO. Esclavo, habla:
¿olvidas que es español?

PANCHO. Es verdad, no recordaba.
Como hay muchos que son buenos
y en cambio tanto mal alma
que hablando de libertades
á latigazos nos baldan...

ROBERTO. ¡Miserable! (*Amenazándole.*)

PANCHO. ¡Su mecé
me perdone! (¡Lengua, calla!)

ROBERTO. (Rojo, de ese mentecato
te encargo la vigilancia.
Quede en la cueva encerrado
y si te estorba, le matas.)

PANCHO. (¡Qué tamarán estos tunos!
Siento habedles dado entada.)

ROBERTO. Vamos, esclavo, ya sabes
que en poder mio se halla
tu hermano, que sentenciado
fué por su afeccion á España
y que si bien no nos sirves
lo fusilaré mañana.

PANCHO. ¡Ah, no por Dios! (*Suplicante.*)

ROBERTO. Pues escucha:
vas á entrar en esa estancia,
(*Señalando la segunda puerta de la izquierda.*)
te apoderas de la niña
y colocando una escala
en el balcon...

PANCHO. ¿Niña Peta?

ROBERTO. ¿Cuál ha de ser?

PANCHO. (*Alzando la voz.*) Yo robadla.
¡No! ¡no!

ROBERTO. ¡Calla, negro vil,
¡ó por última vez hablas! (*Amenazándole.*)

PANCHO. ¡Ya callo!

ROBERTO. Bajas con ella:
dos hombres de mi confianza
te esperan : vete con ellos.

PANCHO. ¡Ay Dios mio de mi alma!
¿No decia su mercé
que tan sólo se tataba
de robá niña Mecede?

ROBERTO. ¡Silencio! (*Al Rojo.*) Tú á la criada
atas bien.
ROJO. ¿Y si es que grita?
ROBERTO. No ignoras como se calla
la gente. (*Señalando al puñal.*)
PANCHO. (Si alguna vez
puedo, todas me las pagas.)
ROBERTO. (*Al Rojo.*) Tú esperas á que te llame.
(*El Rojo va á marcharse y Roberto le detiene.*)
Oyeme: si fracasara
el negocio por cualquiera
imprevista circunstancia
y prenden á alguno. .
ROJO. ¡Ya!
ROBERTO. Tú conoces bien mi táctica.
Los rehenes, cuando menos,
sirven para la venganza.
PANCHO. (¡Pícaro! Si yo pudiera...)
ROBERTO. ¡Marcha delante, canalla!
(*Le dá un empujon á Pancho, y este, seguido del Rojo, entra en la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA VII.

ROBERTO, (*observando segunda puerta izquierda. A poco* TULA.

ROBERTO. Al cabo no resistió.
¡Buena la sorpresa ha sido;
tan sólo un débil gemido
al sentirse asida dió.
La atan bien: es precaucion
para estos casos no mala...
Ahora colocan la escala
en los hierros del balcon...
Pancho desciende... Ella viene.
(*Ocultándose.*)
TULA. (*Saliendo.*) Me ha parecido escuchar...
Mercedes... (*Llamando.*) á descansar
habrá ido... Suerte tiene:
yo ni descanso ni aliento
hasta que venga mi esposo,
que es imposible el reposo
con esta ansiedad que siento.
(*Asomándose al balcon.*) (*Roberto avanza hácia ella.*)
La noche se ha serenado.
¡Cuándo vendrás, Pedro mio!

sólo en la vírgen confio
que le... ¡un hombre! ¡Dios loado!
¡Socorro! So...

ROBERTO. (*Asiéndola de un brazo y amenazándola con un puñal.*)
Si otro grito
exhalas... mueres aquí...
Tula, ¿te acuerdas de mí?

TULA. ¡Roberto! ¡Dios infinito! (*Aterrada.*)

ROBERTO. El mismo que juró el dia
que le privaste de bienes,
vengarse de tus desdenes
acibarar tu alegría,
seguirte por donde quiera,
mil peligros arrostrando
tus propiedades quemando
con saña cruel y fiera,
Dar rienda suelta á mi encono
con ese que esposo nombras.

TULA. ¡Cielos!

ROBEREO. ¡Con razon te asombras!
Sí, Tula, yo te lo abono.

TULA. ¿Qué plan siniestro le induce
á traspasar ese humbral?
¿Qué designio, hombre fatal,
á esta casa le conduce?

ROBERTO. Seis años, dia por dia,
he estado, Tula, esperando
este momento anhelando
gozándome en tu agonía.
Con inaudito rigor
por entónces me trataste,
mis protestas despreciaste
y á otro brindastes amor.
Vengarme de los tormentos
que á tus desdenes debí
juré...

TULA. ¡Dios!

ROBERTO. Siempre cumplí
exacto mis juramentos.

TULA. ¿Pero el no amarle es razon
para tan feroz encono?

ROBERTO. Amor arguye en mi abono
y es muy grande mi pasion.

TULA. Amor... ¿y puede amar, quien
tiene el corazon de fiera?

ROBERTO. Ama el tigre y la pantera
y los chacales tambien.

Yo, que tan cruel parezco,
amo y detesto á la vez,
pues no comprendo, pardiez,
si te adoro ó aborrezco.
Gozo al mirarte sufrir,
pláceme ver tu dolor,
y si es ódio ó es amor
no lo acierto á definir;
pues si gozo en tu afliccion
y siento inmensa alegría,
al pensar que has de ser mia
contrarios afectos son.

TULA. ¡Suya! Antes de tal baldon,
antes de tal villanía,
á impulsos sucumbiria
de mi propia indignacion
Guarde su villano intento,
¿cómo suya puedo ser,
si muriera á no tener
para despreciarle aliento?
A tanta disfamacion,
á tal dolo, á tal delirio,
preferiria el martirio
de morir sin confesion.
—Vano es que viendo mi duelo
su esclava me quiera ver:
los siervos de Lucifer
no pueden llegar al cielo;
y es ya tanta entre los dos
la distancia que se encierra,
cual la del cielo á la tierra,
cual la del infierno á Dios.

ROBERTO. En vano quieres luchar
y mal haces si te opones,
donde no alcanzan razones
suele la fuerza llegar.
Cuanto juré y ofrecí
cumpliré, y hoy serás mia.

TULA. Socórreme, vírgen pía.

ROBERTO. Nadie ha de venir aquí.
¡Ven! (*Queriendo arrastrarla.*)

TULA. (*Gritando.*) ¡Pedro!

ROBERTO. Inútil afan:
vano es que en su auxilio cuentes;
á manos de mis valientes
murió.
(*Voces dentro.*) ¡Viva el capitan!

ROBERTO. ¡Voto á brios!

TULA. ¡Cielos divinos!
¡Vive!
ROBERTO. A ocultarme aqui voy,
si le dices donde estoy,
¡le asesino, le asesino!
(*Entra segunda puerta izquierda.*)

ESCENA VIII.

DICHA *y* D. PEDRO *al foro.*

D. PEDRO. Gracias, mis buenos amigos,
tranquilos estar podeis
que ya mañana saldreis
á batir los enemigos.
Las avanzadas están
alerta, y darán aviso
si se acercan de improviso.
TODOS. ¡Viva! ¡Viva el capitan!
(*Se retiran victoreando.*)
TULA. (¡Sufro mortal agonía!
¡Dios mio! no sé qué hacer...
Si le diga...)
D. PEDRO. (*Abrazándola.*) Esposa mia,
nunca con más alegría,
bien mio, te he vuelto á ver.
TULA. ¿Estás herido? ¡Dios mio!
(*Reparando que trae una mano vendada.*)
D. PEDRO. Gracias á mi suerte y brio,
es sólo una rozadura:
no tuvo tanta ventura
mi pobre caballo pío!
A muy buen paso venia
por un estrecho sendero,
y ya cerca distinguia
de la torre del vigía
el brillante reverbero;
cuando abriendo su capuz
una nube electricida,
me mostró, Tula querida,
con su refulgente luz,
que estaba espuesta mi vida.
Cerca de un añoso cedro,
que al cielo tocar intenta,
veo unos hombres, no me arredro,
y digo: «Adelante, Pedro,
adelante, aunque sean treinta!
Juzgué que era criminal

su intento, y no juzgué mal;
pico al caballo la espuela,
y no corre ya, que vuela,
el generoso animal!
El rewólver preparé
y al grupo me encaminé;
una descarga sonó,
muerto el caballo cayó
y desmontado quedé.
A luchar me apercibí,
confiando en mi fortuna;
los dejo llegar á mí,
y de seis balas, ni una
puedo jurar que perdí.
Sólo uno de pié quedó
que atravesando la vía
al punto á correr se dió;
hé aquí, pues, esposa mia,
cómo el lance sucedió.

TULA. (¡Cielos! se halla desarmado;
el pavor me tiene muerta.)

D. PEDRO. ¿Por qué miras á esa puerta?

TULA. Es porque estoy al cuidado
de si la niña despierta.

D. PEDRO. Tráemela, que tengo empeño
en verla.

TULA. (*Vivamente emocionada.*) Sí, voy.
(*Da un paso y se detiene.*)

D. PEDRO. ¿Vas?
¿Y por qué inmóvil estás?

TULA. Será tan dulce su sueño...
—mañana, pues, la verás.

D. PEDRO. Tula, tú te sientes mal:
noto en ti grande emocion
y una palidez mortal...
¿Estás enferma?

TULA. No tal,
es leve indisposicion.

D. PEDRO. Lo ocultas por no inquietarme;
pero estás mala, querida;
vendrá el doctor en seguida.

TULA. ¿Cómo no ha de impresionarme
el ver espuesta tu vida?

D. PEDRO. Ya no existe ese temor
y puedes tranquila estar.

TULA. Es que pienso con terror
que pudiese otro traidor
(*Mirando á la puerta.*)

tu existencia amenazar.

D. PEDRO. No abrigues temor pueril
y déjame que con tiento
penetre en el aposento
de mi hija, y en su infantil...
(*Dirigiéndose á la puerta.*)

TULA. Tente. (*Deteniéndolo.*)

D. PEDRO. Tanto impedimento.
¡Vive Dios! que ya me estraña.
¡Deja! (*Con energía.*)

TULA. ¡No!

D. PEDRO. ¡Qué idea me asalta!
¡Déjame, ó teme mi saña!

TULA. ¡Por Jesús! (*Arrodillándose suplicante.*)

D. PEDRO. ¡Aparta! ¡aparta!
(*Separándola con violencia.*)

TULA. (*Consternada.*) ¡Dios santo! ¡Dios de Sion!

D. PEDRO. (*Saliendo.*) Ha huido por el balcon
el que se lleva mi honra,
mas la infiel que me deshonra
morirá sin compasion.

TULA. ¡Pedro mio! ¡Pedro amado!

D. PEDRO. ¿Aun te atreves á nombrarme?
¿Cómo se atreve á mirarme
la que el honor me ha quitado?

TULA. ¡Vírgen de los cielos, valme!
Escucha.

D. PEDRO. ¿Qué has de decir
de tu desdoro en disculpa.

TULA. ¡Oye!

D. PEDRO. (*Fuera de sí.*) ¡Nada quiero oir!
¡Infame! vas á morir
para que purgues tu culpa.
¡La escala he visto flotar
por el balcon, ¡fementida!

TULA. (*Desesperada.*) ¡Pedro!

D. PEDRO. ¡Si es poco tu vida
para que puedas lavar
mi honra por tí escarnecida!
El nombre del seductor
es el que saber anhelo.

TULA ¡Sin mancha se halla mi honor!
El que ha huido es el traidor
Roberto Bruí.

D. PEDRO. ¡Vive el cielo!
¿Qué, Roberto ha estado aquí?

TULA. Armado con un puñal
se ha presentado ante mí.

D. PEDRO. ¡Dios!
TULA. Yo ser muerta creí
por ese mónstruo infernal.
Di voces, nadie acudió.
D. PEDRO. Los criados, ¿dónde estaban?
¿cómo ninguno te oyó,?
¿en qué sitio se encontraban
cuando el vil Roberto entró?
He de hacer un escarmiento.
¡Pancho, Mercedes, José! (*Sale por el foro.*)
TULA. ¡Dios mio! ¿qué es lo que siento?
¡Qué horrible presentimiento!
¡Cómo á mi niña olvidé!
(*Corre á la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA IX.

D. PEDRO, *y á poco* TULA.

D. PEDRO. (*Saliendo.*) Ninguno á mi voz responde.
¿Qué ha ocurrido en esta casa?
TULA. (*Dentro.*) ¡Pedro! ¡Pedro!
D. PEDRO. ¿Qué sucede?
TULA. (*Saliendo.*) ¡¡Pedro mio de mi alma!!
D. PEDRO. ¡¡Qué!!
TULA. ¡Nuestra hija!
D. PEDRO. ¡¡Concluye!!
TULA. ¡No está...!
D. PEDRO. ¡Dios!
TULA. ¡No está en su cama!
¡¡Nos la han robado!!
D. PEDRO. ¡Robado! (*Corre al cuarto fuera de sí.*)
TULA. ¡Mi hija!... el aliento me falta...
se me va la vista... ¡cielos!
Ay... yo muero... (*Cae desmayada en un sillon.*)

ESCENA X.

Dicha y GREGORIO.

GREGORIO. ¡Buena caza!
por mucho que rabie y grite
ese zorro, no se escapa.
Señoritos, (*Gritando.*) ya deseo
darles la noticia fausta
de que el compadre está bueno
y que fué lo de la carta
puro embrollo. ¡Pero calle!

la señora, ¡Vírgen santa!
¡Muerta! ¡Socorro! ¡Socorro!
¡Respira!... ¡Está desmayada!
Pero cómo la han dejado...
¡El amo!

D. PEDRO. Mercedes, habla.

ESCENA XI.

Dichos, D. PEDRO Y MERCEDES.

MERCEDES. (*Rompiendo con dificultad á hablar.*)
No puedo.

GREGORIO. ¡Señor! ¡señor! (*Llamándole.*)

D. PEDRO. ¡Ah! ¡qué veo! ¡desmayada!
(*Acercándose á Tula.*)
¡Tula! ¡pobre esposa mia!

GREGORIO. ¡Ya respira!

D. PEDRO. Va á matarla
el dolor... ¡Tula!

TULA. (*Volviendo en sí.*) ¡Dios mio!
¿Dónde estoy?

D. PEDRO. Tula adorada,
en los brazos de tu esposo.

TULA. ¡Cuánto he sufrido! Me espanta
aun el recuerdo de un sueño
que he tenido.

D. PEDRO. (Se taladra
mi pecho.)

TULA. Soñé que Petra,
víctima de la venganza
de Roberto. ¡Mas qué veo!
(*Levantándose.*) tu faz demudada se halla...
Mercedes llorando... ¡Cielos!
¿Luego entonces no soñaba..?
¿es cierto que me han robado
la hija de mis entrañas..?
No era horrible pesadilla,
era cierto ¡Dios del alma!
(*Cae prorrumpiendo en copioso llanto.*)
(*Voces dentro.*)
¡Muera! ¡muera!

D. PEDRO. ¿Qué sucede?

GREGORIO. ¡Ya sé! Toda esa algazara
es porque al salir del pueblo
cojieron las avanzadas
á un sujeto, que parece
por su porte y por su traza

jefe de los insurrectos.
D. PEDRO. ¡Cielos! Si él fuera...
VOCES. (*Dentro.*) ¡Canalla!
Adentro y menos razones
que no te sirven de nada.

ESCENA XI.

DICHOS, ROBERTO *y voluntarios armados.*

TULA. (*Corriendo á él y asiéndolo de un brazo.*)
¡Ah! Miserable, malvado.
¿Dónde tienes la hija mia?
D. PEDRO. Habla, ó mi lengua te fia
que, aunque preso ya, menguado,
si en manifestarlo tardas
te arranco sin dilacion
el infame corazon
que dentro del pecho guardas.
TODOS. ¡Muera!
UN VOLUNT. Acabad con su vida.
ROBERTO. Nada me importa, matadme;
mas pronto irá á acompañarme
esa niña tan querida.
PEDRO. ¡Oh!
TULA. ¡Dios!
ROBERTO. No me arredrais:
dos hombres de mi confianza
la matarán sin tardanza
si con mi vida acabais.
TULA. ¡¡Ah!!
ROBERTO. La suya mi vida guarda;
su suerte será la mia.
matadme, mi lengua os fia
que igual destino la aguarda.
UN VOLUNTARIO. ¡Matadle sin compasion!
TULA. (*Interponiéndose entre los voluntarios que avanzan á Roberto y este.*)
¡No, corazones de roca!
D. PEDRO. (*Con voz terrible, conteniendo á los voluntarios.*)
Si alguien á este hombre le toca
trizas le hago el corazon.
¿No mirais, aunque os aflija,
que si á matarle llegais
la sentencia decretais
de mi desdichada hija?
ROBERTO. (*Con ironía.*) Parece que tu rigor
cede en mi favor al cabo;

tu buen corazon alabo...

D. PEDRO. ¿Te burlas, hombre traidor?
¡Oh! yo la sabré arrancar
á tu gente maldecida
destruyendo la partida.

ROBERTO. Ni así la podrás hallar
ni verá la luz del dia
mientras me conserves preso.
Empieza ya mi proceso,
castiga mi alevosia,
mátame sin dilacion,
no esperes que esto me aflija
si al mismo tiempo á tu hija
la parten el corazon.

TULA. ¡Qué horror!!

D. PEDRO. (*A los voluntarios.*) Llevadle en seguida
y un calabozo le guarde;
pues mi sangre bulle y arde
y á terminar voy su vida.
(*Los voluntarios se llevan á Roberto que opone resistencia.*)

ESCENA ÚLTIMA.

TULA, MERCEDES, D. PEDRO *y* GREGORIO.

D. PEDRO. (*Fuera de sí.*) Gregorio, dispon las armas,
vamos á salir al punto
en busca de esos canallas.
Sal y avisa á los heróicos
voluntarios, sin tardanza
ataquemos á los viles
que ese traidor comandaba.
Tomemos las madrigueras
donde escondidos aguardan
la ocasion de herir impunes
á los valientes de España.
Busquemos en bosques, prados,
linderos, selvas cañadas,
cuevas, chozas, vericuetos
y hasta en las mismas entrañas
de los montes, á mi hija
que es el alma de mi alma.

TULA. Sí, buscad á la hija mia
y Dios con vosotros vaya!
(*D. Pedro y Gregorio salen por el foro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala de una cárcel; puerta al foro, á la izquierda, primer término, puerta que conduce al calabozo de Roberto; primer término derecha otra puerta.—Un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA.

El CARCELERO, *observa por el ojo de la llave del calabozo de* ROBERTO.

CARCELERO. Poco rato ha descansado;
bien hace, tiempo le sobra
cuando su maldito cuerpo
vaya á dormir en la fosa.
Se pasea y gesticula....
Qué bien en su cara torba
se revelan los instintos
feroces, que cual traidora
hiena, ó tigre sanguinario
demostró en todas sus obras.
—Se aproxima el capitan:
¡pobre padre! hace una hora
que de esta cárcel salió
y á ella nuevamente torna.

ESCENA II.

CRRCELERO *y* D. PEDRO.

D. PEDRO. Dios te guarde.
CARCELERO. Con El venga
mi jefe.

D. PEDRO. ¿Lo mismo?
CARCELERO. A cosa
de las doce se durmió;
pero la siesta fué corta,
pues á los pocos minutos
estaba de pié. Penosa
pesadilla, á mi juicio,
le acometió, pues con ronca
voz murmuró algunas frases...
D. PEDRO. (*Con mucha ansiedad.*) ¿Cuáles?
CARCELERO. Son tan horrorosas
para uted.
D. PEDRO. (*Idem.*) ¡Habla!
CARCELERO. Señor.
D. PEDRO. ¿Pero mi ansiedad no notas?
CARCELERO. Pues dijo: «véngame, Rojo;
con fiero puñal destroza
el corazon de esa niña
cuando mi muerte conozcas.
D. PEDRO. ¡Cielos!
CARCELERO. Luego pronunció
una blasfemia espantosa:
despues frases sin sentido
y nada más.
D. PEDRO. (¡Se trastorna
mi mente!) ¿Nombró algun sitio?
CARCELERO. Niguno.
D. PEDRO. (*Con abatimiento.*) ¡Ah!
CARCELERO. (¡Qué angustiosa
es su situacion!)
D. PEDRO. (Valor,
no me abandones ahora.)
(*Reponiéndose.*) Haz que venga el preso.
CARCELERO. Bien. (*Entra en el calabozo.*)
D. PEDRO. Y déjanos, qué me importa.

ESCENA III.

D. PEDRO.

En vano con fuerte empeño
y con ardiente ansiedad
busqué á mi hija, ni aun huellas
he conseguido encontrar.
Mi esperanza ha concluido:
cuando no ha venido ya
Gregorio, prueba es que ha muerto.
¡Dios mio, tened piedad!

Si yo conseguir pudiera
que revelase... Aquí está.

ESCENA IV.

Dicho y ROBERTO. (*El* CARCELERO *se retira.*)

D. PEDRO. Aunque tus crimenes son
de aquellos que espanto dan
sólo al nombrarlos; no dudo
hayas podido observar
que tratarte he procurado
con vastante humanidad.

ROBERTO. No agradezco tus bondades;
sé que encaminadas van
á conseguir que declare
lo que nunca lograrás.

D. PEDRO. Si hasta el momento he seguido
mi inclinacion natural,
empleando la clemencia
contigo, puedo cambiar
de sistema, convencido
de que entonces hablarás.

ROBERTO. Si mandases que mi cuerpo
hicieran tenacear:
si con un hierro candente
me azotasen además:
si destrozaran mi pecho
y obligáranme á cegar,
no descubrieran mis labios
el lugar en dondo está
esa niña, cuya vida
pende de mi libertad

D. PEDRO. ¡Tu libertad! ¿Pero puedes
ni un instante imaginar
que tus crímenes horribles
sin castigo quedarán?
Aunque débil y cobarde
quisiera yo perdonar
tus espantosos delitos
que asombran la humanidad,
¿piensas mónstruo que podria
á mis deberes faltar
y apelando á medios viles
obtener tu libertad?

ROBERTO. Pláceme que haciendo alarde
de heroismo y lealtad
prefieras vaya tu hija

á la mansion eternal
á facilitar mi fuga,
fácil cosa por demás
para quien, cual tú posee
influjo y autoridad.
Nada me importa. La vida
jugué hace tiempo al azar,
y si perderla me toca
muy poco me supondrá.
Morir vengado quería;
me vengo; no aspiro á más.

D. PEDRO. Vengarte; ¿y de qué, qué daño
nunca te quise causar?

ROBERTO. Oyeme: yo amaba á Tula
con tan fiera ceguedad
que era mi sangre mestiza
lava de ardiente volcan.
Te cruzaste en mi camino
y conseguiste alcanzar
su amor, que era para mi
la sola divinidad
que adoré, como á la selva
ama el leon y el chacal.
Guerra entonces te juré,
guerra implacable, falaz
y destructora: reuní
gente para secundar
mis propósitos hablando
de pátria y de libertad,
y gocé, nuevo Neron,
viendo en cenizas trocar
tus fincas azucareras
y tu más bella heredad.
Una hija tuviste, quise
causarte el mayor pesar
y te la robé; su vida
con la mia acabará.
¿Qué me supone la muerte
si, gracias á Satanás,
lo que de vida te resta
he logrado emponzoñar?

D. PEDRO. Te estoy oyendo, bandido,
admirando una vez más,
cómo dos séres humanos
vida te pudieron dar. (*Con mucha energía.*)
Pues si las fieras del bosque
engendrado hubiesen tal
monstruo feroz, creo á mi ver

que viendo tu iniquidad,
las fieras se avergonzáran
do haberte podido dar
esa existencia maldita
borron de la humanidad.
¿Qué culpa tiene mi hija,
ángel de ventura y paz,
de los supuestos agravios
que te he podido causar;
y qué agravios son los mios
para con esa crueldad
pretender vengarte fiero
con saña tan infernal?

ROBERTO. Ya lo dije.

D. PEDRO. ¡Miserable!
¿Cómo pudiste pensar
que la cándida paloma
se uniese al vil gavilan?
Vanas disculpas alega
tu horrible ferocidad;
pero te engañas; Dios mira
tu conducta criminal;
pronto has de comparecer
ante la Sublimidad
de su presencia, y entonces....
¡ay de tí, mónstruo infernal!

ROBERTO. Si piensas intimidarme,
te escusas de predicar.
Libre yo, vive tu hija;
muerto, tu hija morirá;
con que meditalo bien.

D. PEDRO. (*Con resolucion.*) Está meditado ya.
Si sólo propias ofensas
hubiese de castigar
en tí, quizá dudaria
ante mi amor paternal;
pero á mi pátria ofendiste
con atroz ferocidad;
destruir has procurado
la Isla, joya sin rival
de la nacion española
que la dió prosperidad,
y esto no te lo perdono,
no lo puedo perdonar;
traidor fuistes á la pátria
como traidor morirás.
¡Ola!

ESCENA V.

DICHOS *y el* CARCELERO.

CARCELERO. Señor.
D. PEDRO. Vuelve al preso
á su prision; sin piedad
pónle una gruesa cadena,
y si torna á blasfemar,
que una mordaza de hierro
le enmudezca.
CARCELERO. Bien está.
ROBERTO. Tiembla, tiembla por tu hija.
D. PEDRO. Llévale, ó sin reparar
que está preso y desarmado
lo mato.
CARCELERO. (*Empujándole.*) Vamos allá.
ROBERTO. (*Mirando con ferocidad al carcelero.*)
CORCELERO. ¡Anda, bribon!
ROBERTO. ¡Voto á Dios!
CARCELERO. Muy pronto no votarás. (*Entran en el calabozo.*)

ESCENA VI.

D. PEDRO.

¡Cielos, podrás consentir
un crímen tan espantoso!
mi hija, mi querub hermoso,
tan niña habrá de morir.
¿Qué deberé decidir?
Si dejo libre al traidor
la salvo... Pero ¿y mi honor?
y mi dignidad perdida?
Cómo no acaba mi vida
al impulso del dolor?
¡Qué espantosa situacion!
siento un dolor en el pecho
cual si en un espacio estrecho
latiera mi corazon;
va á faltarme la razon,
no hay que dudar ¡hay de mí!
Señor, me dirijo á tí;
contempla, pues, desde el cielo
á este padre, sin consuelo
que de dolor muere aquí.

(*Cae sobre un sillon prorrumpiendo en copioso llanto.*)

ESCENA VII.

DICHO *y el* CARCELERO.

CARCELERO. Señor; ya queda aherrojado.
D. PEDRO. (Que no me vean llorar.)
CARCELERO. Como empezó á blasfemar
le he puesto....
D. PEDRO. Bien.
CARCELERO. (¡Ha llorado!)
(¡Infeliz padre!)
TULA. (*Dentro*) ¡Dejadme!
D. PEDRO. ¡Mi esposa aquí!
TULA. (*Saliendo.*) ¡Pedro mio!
ya el consejo el fallo impío
dictó que habrá de matarme.
Ya su decision es fija
condenado á muerte es.
D. PEDRO. Con razon.
TULA. ¿Pero no ves
que morirá nuestra hija?
¿Qué importa que el criminal
purgue sus viles hazañas
si la hija de mis entrañas
sucumbe al fiero puñal?
D. PEDRO. Cálmate.
TULA. ¡Que tenga calma!
¡¡Eso dices á una madre!!
¡Y lo dices tú! Su padre.
Este hombre no tiene alma. (*Transicion.*)
D. PEDRO. (*Con desesperacion.*) ¿Y qué he de hacer?
TULA. ¿Qué has de hacer?
justa razon lo aconseja,
si al traidor libre se deja
volverá á nuestro poder
la niña.
D. PEDRO. Pero ¿y mi honor?
TULA. ¿Quién habla de honor ahora?
Mi hija sufre; mi hija llora,
amaga un puñal traidor
su pecho, y aunque te aflija
el faltar á tu deber,
la honra, la vida y el sér
no valen lo que una hija.
D. PEDRO. ¡Tula!

TULA. Pronto el coronel
que al frente de un batallon
en esta jurisdiccion
persigue á esa gente cruel
llegará. Si aquí penetra
y ese hombre no se ha fugado,
¿no conoces, desgraciado,
que asesinamos á Petra?

D. PEDRO. ¡Qué horror!

TULA. Tú puedes hacer
ahora cuanto te cuadre,
¿quién ha de exigir á un padre
deje á su hija perecer?
Aunque el dejarle partir
un delito constituya,
abre su prision, que huya.

D. PEDRO. ¡Cien veces antes morir!

TULA. ¿Pretende tu ciego afan
de gloria, con la hija mia
seguir la conducta impía
é insensata de Guzman?

D. PEDRO. ¡Ah, digno de imitacion
es del gran hombre el ejemplo;
yo ¡vive Dios! me contemplo
capaz de tan noble accion!

TULA. ¡Dios santo!

D. PEDRO. Fuí militar,
y aunque sepa perecer
por no faltar al deber
me sabré el alma arrancar.
Y aunque tuviera mas vidas
que átomos arrastra el viento
y estrellas el firmamento
las perdiera; y ya perdidas
y otra vez vuelto á nacer,
si pensára en ser traidor,
de vergüenza y de terror
volveria á perecer.

TULA. ¿Es decir, que parricida
quieres ser, hombre fatal?

D. PEDRO. ¡Tula!

TULA. Que por ser leal
perderá tu hija la vida.

D. PEDRO. ¿Piensas que aunque yo quisiera,
manchando mi dignidad
uso hacer de autoridad,
obediencia consiguiera?
Antes era el rey la ley

y aquel todo lo podia,
hoy la ley, esposa mia,
es antes que el mismo rey.
¿Quieres que en esta ocasion
mande más que el soberano.

TULA. ¡Bien se conoce, tirano,
que no tienes corazon!
Mas cuádrete ó no te cuadre,
es regla invariable y fija,
aquel que mata á su hija
es un verdugo, no un padre.
Los tiempos pasaron ya
de Guzman, y aunque te asombre,
en vez de crearte un nombre
el mundo te infamará.
Dirán, y yo la primera,
al publicar tus hazañas
que te formó las entrañas
alguna espantosa fiera.
Que en tí el amor paternal
es una vana ilusion,
y tienes el corazon
más duro que el pedernal.
Todo esto dirán de tí,
y yo la razon daré;
mas yo no, que moriré
quizás hoy mismo ¡ay de mí!
(*Cae en un sillon transida de dolor.*)

D. PEDRO. ¡Tula mia! ¡Suerte airada!
Su palidez me dá espanto,
la va á matar el quebranto.
Oyeme, prenda adorada.

TULA. Aparta, padre cruel, (*Rechazándolo.*)
aparta, pecho de acero.

D. PEDRO. ¿Por qué me juzgas tan fiero
y aumentas la amarga hiel
que el corazon me envenena?
¿Juzgas, pues, que indiferente
mi pecho tal vez no siente
los tormentos de la pena?
Si un instante penetraras
dentro de mi corazon,
me tuvieras compasion
y de verlo te asustaras.
(*Llorando.*) Pues es tan rudo el dolor
que mi alma infeliz destroza...
que... ya ves como solloza
un hombre de mi valor.

TULA. ¡Llora! ¡Cielos, tú llorar.
Tú llorar, Pedro querido!
D. PEDRO. ¡Silencio! Nos han oido.
¿Quién se atreve á penetrar?

ESCENA VIII.

DICHÓS *y* GREGORIO.

GREGORIO. Señor.
LOS DOS. ¡Gregorio!
GREGORIO. Yo soy.
D. PEDRO. ¿La has visto?
TULA. ¿La hallaste?
D. PEDRO. ¡Habla!
GREGORIO. Pues yo salí...
TULA. ¿Pero traes
á la hija de mis entrañas?
GREGORIO. He estado...
D. PEDRO. ¡Qué nos importa!...
GREGORIO. Es que necesito...
TULA. ¡Acaba!
D. PEDRO. ¿No ves que nos asesinas
con esa funesta calma?
TULA. ¿No ves que nos matas...?
GREGORIO. Pero
por Dios y la Vírgen santa
de Regla, sino me dejan
¿cómo he de empezar mi plática?
Cuando por distintos sitios
en busca de la muchacha
salimos...
TULA. ¿Pero la traes?
D. PEDRO. ¿La traes?
GREGORIO. Señores, calma.
D. PEDRO. (*Incomodado.*) Contesta.
GREGORIO. Pues, sí y no.
LOS DOS. ¡Cómo!
GREGORIO. Quiero decir que esperanzas
tengo muchas, y que pronto
pienso conseguir hallarla;
pero falta todavia...
TULA. ¡Cielo santo!
D. PEDRO. (¡Nos engaña!)
GREGORIO. Como iba diciendo, yo,
por el afan de encontrarla,
me interné mucho en la sierra
sin volver á trás la cara

ni darme cuenta de que
detrás los hombres quedaban
que iban conmigo. De pronto,
se abre una espesa enramada
y aparece un peloton
de enemigos. ¡Alto, esclaman!
y unas veinte carabinas
me apuntan. Aunque las balas
no me asustan, francamente,
el lance no me hizo gracia;
y me dije: «Mucho ojo,
que esta gente te despacha.»
Una idea se me ocurre
y al punto la pongo en práctica.
Digo entonces: detenerse
un momento, camaradas,
soy de los vuestros y vengo
á combatir contra España.
Al escuchar este embuste
se detienen los canallas,
porque el jefe dijo, quietos
hasta ver si nos engaña.
¿Quién eres, me dice? Paco
Embustirí Bolastraga.
—¿De dónde vienes?—de Hoyos.
—¿Cuál es tu país?—La Habana.
—¿Qué hacias allí?—Comer.
—¿Tu profesion?—No hacer nada.
—¿Qué buscas entre nosotros?
—Incendio, robo, matanza
y Cuba libre.—Muy bien;
quedas admitido ¡Basta!
Con estas y otras razones
los engaño con tal maña,
que sino me escapo hoy
me hacen sargento mañana,
y antes de un mes general
de las legiones cubanas.

TULA. ¿Pero y mi hija?

D. PEDRO. Eso es;
¿y nuestra niña?

GREGORIO.. ¡Cachaza!
Con disimulo y cautela
haciendo preguntas varias,
he logrado averiguar...
que ninguno sabe nada...

D. PEDRO. ¿Te burlas?

GREGORIO. Quiero decir

que no saben dónde se halla.
Saben que el jefe está preso,
que algunos bribones faltan
de la partida; suponen
que ocultos con la muchacha
se encuentran en una cueva
que del Demonio la llaman,
digo, del *Diablo*. Parece
que hay para entrar una trampa
y sólo ellos y Roberto
reconocen la artimaña
para abrirla.

TULA. ¡Dios Clemente!

D. PEDRO. ¡Infames!

TULA. No hay esperanza.

GREGORIO. Muy al contrario, las hay,
y, por cierto, bien fundadas.
Cuando del campo enemigo
logré escaparme con maña,
ya de regreso hácia el pueblo,
he visto que en él entraba
un jefe, que el comandante
general aquí nos manda;
me dijo... Pero aquí viene.

TULA. El cielo calme mis ánsias.

ESCENA IX.

Dichos, el DELEGADO *y soldados.*

CORONEL. Saludo á usted, capitan.

D. PEDRO. A sus órdenes estoy.
coronel.

CORONEL. Señora. (*Saludando.*) (Cuanto
su faz trastorna el dolor.)
Como jefe de las fuerzas
que en esta jurisdiccion
operan, traigo el encargo
de presenciar del traidor
que en esta cárcel se halla
la terrible ejecucion.

TULA. ¡Dios santo!

CORONEL. Sé que el infame
una hija os arrebató
y que amenaza matarla...

D. PEDRO. Así es lo cierto, señor.

CORONEL. Un crímen tan inaudito
consentir no puede Dios.

TULA. ¡Ay de mi!
CORONEL. Yo, que soy padre,
sé cuán grande es el amor
que nos inspiran los hijos
que átomos del alma son,
y sufro con vuestra pena
inesplicable dolor.
D. PEDRO. Gracias.
TULA. Si posible fuera
suspender la ejecucion
hasta ver si declaraba...
CORONEL. Señora, militar soy
y en cumplir con la ordenanza
cifro mi gloria y honor.
TULA. ¡Cielos!
CORONEL. Calme usted sus penas;
me dice mi corazon
que he de conseguir declare
el miserable traidor.
Seis años en esta guerra,
de emboscadas y traicion,
ensancharon mi esperiencia
é hicieron mi ojo avizor.
Los informes que he tomado
muestran que ese hombre feroz
de tal modo es vengativo
que es la venganza su Dios.
He concebido una idea
que al momento á poner voy
en práctica; me parece
que es del cielo inspiracion
y que vencer lograremos
su astucia.
TULA. ¡Premie el Señor
al que un rayo de esperanza
envia á mi corazon!
D. PEDRO. Gracias mil le dá este padre
transido por el dolor.
CORONEL. Aun no merezco... Es preciso
que para la ejecucion
de mi plan, no estén presentes.
TULA. En usted fio, señor.
CORONEL. Esperad el resultado
dentro de esta habitacion.
(Señalando á la puerta derecha por donde se retiran D. Pedro y Tula.)

ESCENA X.

Los precedentes, menos TULA *y* D. PEDRO; *á poco* ROBERTO.

CORONEL. Presto haced que comparezca
el reo. (*Entran el carcelero y dos soldados en el calabozo.*)
(Dios esta empresa
proteja.) (*Habla aparte con* GREGORIO.)
ROBERTO. (*Saliendo.*) ¿A qué soy llamado?
CORONEL. Para que oigas tu sentencia;
mas no toca interrogar
al que sumiso debiera
esperar que le pregunten
y doblegar su cabeza
ante quien la ley y el rey
aquí dentro representa.
¡De rodillas!
ROBERTO. No me humillo
Si al fin la muerte me espera
¿á qué esas fórmulas vanas?
y quien habla de obediencia
al que ha vivido seis años
rey y señor de las selvas?
Sepa luego cuantas horas
me restan aun de existencia
que lo demás no me importa;
por tanto, omitid la arenga.
CORONEL. ¿Cómo tan altivo se halla
y la criminal cabeza
se atreve á alzar el menguado
sin corazon ni conciencia,
que fué traidor á la España
y al declararle la guerra
jamás esperó de frente
á las falanjes guerreras
que la Península envia
á defender su bandera?
¡Infame, humilla la frente
y muérete de vergüenza!
ROBERTO. ¡Oh, rabia!
CORONEL. Como traidor
hoy el consjo de guerra
ya te juzgó, y fusilado
mañana cuando amanezca
vas á ser. Pronto, Roberto,
ante la alta Omnipotencia

habrás de comparecer;
de su justicia severa
teme el eterno castigo
que á tus maldades reserva
y arrepiéntete.

ROBERTO. ¡Ya basta!
¿Si existe esa Providencia
que ustedes tanto decantan,
cómo consiente que muera
gozando de la venganza
el placer que más recrea,
al ver que muere esa niña
que tengo eu mis redes presa?

CORONEL. ¡Tal creiste, miserable!
¡tal pensante, innoble hiena!
Dios, que siempre protector
ha sido de la inocencia,
no ha consentido tu infamia.
La niña, cuya existencia
esperabas destruir
con insólita fiereza,
al regazo de sus padres
ha vuelto.

ROBERTO. ¡Cómo!

CORONEL. Tu fiera
venganza no se ha cumplido.
Un millon de recompensa
y el indulto, suficiente
ha sido...

ROBERTO. (*Fingiendo tranquilidad.*) No es cierto: necia
es la estrategia que usais
y en mí no produce mella.
Son fieles mis servidores.

CORONEL. ¡Ciego estás! ¿No consideras
que el que traidor fué una vez
de traiciones se alimenta?

ROBERTO. ¡Oh furor!

CORONEL. Dos dias ha estado
la infeliz niña en la cueva
del Diablo...

ROBERTO. (Lo saben.) (*Con terror.*)

CORONEL. Pero
al fin sus caricias tiernas
consiguieron conmover
las almas de aquellas fieras.

ROBERTO. ¡Oh!

CORONEL. Gregorio, dí á tu ama
que por un momento á Petra

te confie.

GREGORIO. Voy... (*Medio mutis.*)

ROBERTO. ¡Detente!
No quiero, no quiero verla.
¿Conque es verdad?

CORONEL. Ya *tus fieles*
secuaces de aquí se alejan
burlándose de quien presto
sufrirá la última pena.

ROBERTO. Ellos libres y felices
y yo pierdo la existencia.
¡Oh, maldicion sobre mí!
¿Pero cómo partir dejan
á esos hombres cuando son
los más viles de la tierra?
Sabed, señor, que esos mónstruos
mil asesinatos cuentan.
Seguidles, que no se escapen,
y cual yo muero, que mueran.

CORONEL. (*Con mucha intencion,*) ¿Y si por azar se ocultan
en esa maldita cueva,
cuyo secreto ignramos?

ROBERTO. Sí, puede ser... bien pudieran...
Sólo esos traidores saben
dónde la entrada secreta
está situada. Oid.
Siguiendo la carretera,
como á unos cincuenta pasos,
caminando hácia la sierra,
encontrareis una choza;
penetrais dentro de ella,
dais seis pasos, un resorte
bajo una capa de tierra
encontrareis, le oprimís
y la trampa queda abierta.
Corred, volad, que no escapen,
¡que perezcan, que perezcan!

CORONEL. Correremos, sí, malvado,
mas no para lo que piensas,
sino á salvar á esa niña
que en tus redes se halla presa.

ROBERTO. ¿Qué esto?

GREGORIO. (*Gritando.*) ¡Señor! ¡Señora!
¡Ya cayó en la ratonera!
Voy...

CORONEL. Detente.

GREGORIO. ¿Detenerme?
No lo permiten mis piernas.

(*Sale precipitadamente.*)

CORONEL. Seguidle; si la salvais,
un tiro la seña sea
que nos lo indique.

(*Vánse dos voluntarios.*)

D. PEDRO Y TULA. (*Saliendo.*) ¿Qué ocurre?

CORONEL. Que Dios por los buenos vela.

ESCENA XI.

Dichos, TULA Y PEDRO.

La fiera cayó en el lazo;
ha dicho donde se encuentra
la niña, y...

D. PEDRO Y TULA. ¡Cielos!

CORONEL. Muy pronto
tendreis la alegria inmensa
de verla.

D. PEDRO. ¡Oh felicidad!

CORONEL. Gracias á mi estratajema,
declaró.

TULA. ¡Dios soberano!

ROBERTO. Pronto en amargura y pena
se trocará esa alegría!

D. PEDRO. ¡Qué dices!

ROBERTO. Cuando la presa
arranquen á sus verdugos,
ya habrán dado fin de ella.

TULA Y PEDRO. ¡Gran Dios!

ROBERTO. Todo está previsto,
y al penetrar en la cueva
vuestras gentes...

CORONEL. ¡Miserable,
ten esa maldita lengua!
Señora, cálmese usted.
Don Pedro, la Providencia
no permitirá esa infamia;
un tiro será la seña
que nos muestre que la niña
se halla libre de esas fieras.
Pronto la señal oiremos.

ROBERTO. (No sonará.) (*Aparte.*)

D. PEDRO. Yo quisiera
se dignara usted decirme
la direccion que á la cueva
conduce.

TULA. Tambien deseo...

CORONEL. ¿Para qué quieren saberla?
Ya será tarde.
TULA. ¡Dios mio!
¡Y ese tiro que no suena!
D. PEDRO. ¡Oh! ¡Qué momento de angustia!
CORONEL. ¡Cuánto tarda!
TULA. ¡Yo estoy muerta!
(*Se oye un tiro.*)
D. PEDRO. ¡Cielos!
TULA. ¡Gran Dios!
CORONEL. ¡Se ha salvado!
(*Se oyen otros tiros.*)
D. PEDRO. ¿Y esos tiros qué demuestran?
CORONEL. No acierto á esplicarme... ¡Ah!
Desde aquí se ve la sierra.
(*Corren los tres á la ventana.*)
D. PEDRO. Corren varios voluntarios.
TULA. ¡Ah!
D. PEDRO. Siguen á uno que trepa
con la agilidad de un corzo
por los jarales y breñaso
TULA. ¡Pero y mi niña, Dios santo!
D. PEDRO. ¿Dónde la hija mia alienta?
TULA. Ojos, ¿de qué me servís,
si no divisais á Petra?
D. PEDRO. ¡Ah! ¡Se aproxima Gregorio!
TULA. ¡Dios mio! ¡Viene sin ella!
¡Luego es que ha muerto!
D. PEDRO. ¡Qué horror!
ROBERTO. ¡Salió mi venganza cierta!

ESCENA XII.

Dichos y GREGORIO.

GREGORIO. ¡Señor! ¡Señora! (*Dentro.*)
LOS DOS. ¡Gregorio! (*Corriendo á él.*)
GREGORIO. ¡Señor! (*Saliendo.*)
TULA. ¡Mi niña!...
D. PEDRO. ¡Mi Petra!...
TULA. ¿Murió?
D. PEDRO. ¿Murió?
TULA. Si es que ha muerto,
calla.
D. PEDRO. Que yo no lo sepa.
GREGORIO. ¡Qué ha de morir!
TULA. ¿Vive?
D. PEDRO. ¿Vive?

¿Dónde está? ¿Dónde?

GREGORIO. Paciencia.
Ahora vendrá.

TULA. Nos engañas.

GREGORIO. Digo, pues ..

PANCHO. (*Saliendo con la niña.*) ¡Aquí etá ella!

ESCENA XIII.

Dichos, PANCHO, *con la niña, y los* VOLUNTARIOS.

TULA. ¡Hija!

CORONEL. ¡Muerta la juzgaba!

ROBERTO. ¡Pancho! ¡Voto á Belcebú!
¡Miserable, has sido tú...!

PANCHO. Yo mismo. ¡Toma guayaba!

ROBERTO. ¡Oh rabia!

PANCHO. Al veme neguito
tú me pegastes un dia,
ahora ya llegó la mia;
toma cueva y latiguito.

ROBERTO. ¡Oh! (*Avanzando á él con furor.*)

PANCHO. (*Amenazándole con un machete.*)
¡Quieto ó te despampano!

CORONEL. Conducidle á la prision
mientras que la ejecucion
se dispone del villano. (*Se lo llevan.*)

GREGORIO. ¡Pues no lloro de alegria!
¡Vaya soy un inocente!

D. PEDRO. ¡Ven y abrázame valiente! (*A Gregorio.*)

GREGORIO. Ah, gracias (*Abrazándole.*)

LA NIÑA. ¡Mamita mia!
Papá.

D. PEDRO. ¡Mi prenda querida!
(*A Gregorio.*) ¡Gregorio ven á mis brazos!

TULA. Yo tambien...

GREGORIO. Tantos abrazos
no he recibido en mi vida.

PANCHO. (¡Con estas cosas me apeno;
nadie se acueda de mí!)

GREGORIO. ¡El que más merece aquí
es, señor, Pancho el moreno!

D. PEDRO. ¡Qué veo!

GREGORIO. Sin ese bravo
de ellos era la ventaja;
ustedes pierden su alhaja
y yo de vivir acabo.

D. PEDRO. ¡No atino...

PANCHO. Estaba encedado
y como escapá quedia
dije: fueda cobadia!
GREGORIO. ¡Y como un cid se ha portado!
D. PEDRO. ¿Pues no me hiciste traicion?
PANCHO. Señor, obligado fué.
Perdóneme su mercé
D. PEDRO. Te concedo mi perdon.
PANCHO. Bien.
GREGORIO. Eran seis los contrarios,
cuatro allí mismo cayeron:
los otros á topar fueron
con los bravos voluntarios.
D. PEDRO. ¿Murieron?
GREGORIO. Con esa gente
es el más sano remedio.
Así pudiera ese medio
emplear con todos.
D. PEDRO. Tente.
No quieras tú ser igual
á esos hombres desalmados
que asesinan los soldados
de nuestra patria leal.
En vez de su destruccion
mejor fuera que rendidos
tornasen arrepentidos
á la española nacion.
La cual, si males prolijos
sufre con la lucha fiera,
alza activa la bandera
defendida por sus hijos.
Que aun conservan el valor
de los ínclitos varones
que en otras generaciones
fueron espejos de honor.
En tanto que alguno aliente
y haya naves españolas
que surquen las bravas olas
del Océano potente,
y en esta noble region
los más dignos é ilustrados
hijos, luchen esforzados
por la española nacion,
serán los esfuerzos vanos
del bando filibustero
y el bravo leon ibero
lo aplastará con sus manos.
Emporio de la riqueza

volverá á ser esta Antilla,
que es del mundo maravilla
por su comercio y belleza;
y sus nobles moradores
nuevas leyes obtendrán
que á la Isla aportarán
prosperidades mayores.
Y terminada la saña
de esta campaña horrorosa,
madre noble y cariñosa
para Cuba será España.
Así los hijos dirán
de esta tierra bendecida:
¡Viva la patria querida
de Cortés y de Guzman;
y cruzando ola tras ola
el grito de los hispanos,
dirá: «¡Vivan mis hermanos!
¡y viva Cuba española!

POST-SCRIPTUM.

Cumple á nuestro deber consignar aquí, que si el drama ha obtenido un éxito superior á cuanto esperar podríamos, se debe especialmente al acierto é inteligencia conque ha sido representado.

Reciba el testimonio de nuestro agradecimiento, el distinguido artista Sr. Yañez, que ha agregado nuevos lauros á los muchos que ha obtenido en su carrera artística, desempeñando admirablemente el papel de D. Pedro, sin decaer en una sola representacion de las once seguidas que al escribir estas líneas se han dado al drama.

Recíbalo tambien la inteligente artista Sra. Ruiz, que consigue identificarse con su papel, y arrancar aplausos donde no esperábamos que los hubiera.

Recíbalo á la vez el Sr. Castillo, que desempeña con especial inteligencia, el papel de Roberto.

Recíbanlo, en fin, todos los señores artistas que han estrenado la obra, por el acierto con que desempeñan sus respectivos papeles, y sean estas líneas débil recuerdo del agradecimiento é imperecera amistad que le consagran

PEDRO MARQUINA—JOSÉ OLIER.

Juan Diaz

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de *Duran*, Carrera de San Jerónimo; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.